

DESAFÍOS ACTUALES DE LA FAMILIA A LA LUZ DE LA EVANGELII GAUDIUM

Francisco Echevarría
Vicario general
X Encuentro Diocesano de la Familia
7 de Febrero de 2015

INTRODUCCIÓN

En la EG 66, el Papa Francisco, al hablar de los desafíos de que el momento presente plantea a la Iglesia, dedica un número a la familia.

“La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos.

El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno.

Pero la aportación indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja. Como enseñan los Obispos franceses, no procede «del sentimiento amoroso, efímero por definición, sino de la profundidad del compromiso asumido por los esposos que aceptan entrar en una unión de vida total».

Varias son las cosas que el Papa señala en este breve número, pero destaco dos:

- 1) Comienza afirmando que la familia, al igual que otras instituciones, atraviesa una profunda crisis.

En nuestra cultura —la cultura del bienestar— esta palabra tiene una connotación negativa. Pero no es ése el sentido que le da el Papa.

- En el comienzo del c.II, dice que debemos mirar la realidad en la que vivimos “con la mirada del discípulo misionero” (EG 50), es decir, como una realidad que hay que evangelizar.
- Pero es en el n 86, al hablar de la realidad actual, donde nos da su visión. Dice él:

“Es cierto que en algunos lugares se ha producido una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas... También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres.

En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza».

En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!”

Es decir: la crisis que atraviesa la familia es una oportunidad para redescubrir su verdadero valor, su carácter esencial para la vida.

- 2) Lo segundo que quiero destacar en el texto del Papa es que, para él, la crisis de la familia es especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad ya que es donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros y donde los padres transmiten la fe a sus hijos.

La familia es, por tanto, un medio excepcional para integrarse en la sociedad y en la Iglesia.

A la luz de estas dos constataciones, trato de profundizar en los desafíos a los que se enfrenta la familia en nuestro contexto sociocultural y su repercusión en la dimensión religiosa.

I	DESAFÍOS DEL PRESENTE A LA FAMILIA
---	------------------------------------

1. La desintegración del matrimonio

Primero fue el **divorcio**, que acabó con la idea de unión matrimonial para siempre. Comenzó siendo la salida para situaciones imposibles de mantener y ha terminado siendo el recurso fácil cuando llega el cansancio o la crisis.

Luego vino el **control de la natalidad** —que no hay que confundir con la paternidad responsable— que produjo dos cambios importantes en la vivencia de la sexualidad: hacer del sexo una experiencia de disfrute sin que ello implique responsabilidad —lo que propició que saliera del marco del compromiso matrimonial o de pareja para ser visto como una forma de encuentro personal—; y aislarlo de la dimensión de la fecundidad. Es decir: la sexualidad, reducida muchas veces a simple sexo, se reduce a lo privado y se elimina la función social de la misma con el problema de relevo generacional que eso conlleva.

Más tarde vino el **aborto** que, en nuestra legislación, ha pasado de ser un delito despenalizado a ser un derecho. Con la carga de sufrimiento que conlleva, no es sólo la destrucción de una vida humana, sino también la destrucción del “hijo”. Lo que significa que los hijos no son ya lo más importante. Hay intereses que se les sobreponen como son el bienestar, la libertad individual, la promoción laboral, etc.

Finalmente llegó el impropriadamente llamado **matrimonio entre personas del mismo sexo**. Se llama lo mismo a lo que es diferente para crear la mentalidad de que es igual y así presentarlo como algo tan normal como el matrimonio entre un varón y una mujer.

Cualquiera de estos temas daría pie a una larga reflexión que ahora no ha lugar. Simplemente los indico como elementos a tener en cuenta a la hora de plantearnos la evangelización de las familias.

Quiero recordar de nuevo las palabras del Papa en la EG:

“El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno”.

2. La desintegración de la familia

El concepto de familia tal como ha sido conocido desde la antigüedad también ha saltado por los aires. Es la consecuencia natural de lo anterior.

El miedo al compromiso hace que sean cada vez más frecuentes las parejas de hecho. El número de bodas —eclesiásticas y civiles— ha descendido de modo alarmante. Hoy, lo habitual es que una pareja conviva sin haber formalizado el compromiso. En unos casos se van a vivir juntos, en otros lo hacen en el hogar paterno de uno de los dos.

No es infrecuente que nazcan hijos de esa convivencia, pero la falta de compromiso de permanencia unida al divorcio en los casos en que lo hay está dando lugar a una situación que no dudo en calificar de antinatural: padres que cuidan a los hijos de otros mientras que son otros los que cuidan a sus hijos.

Pero no sólo esto. Por la misma razón también se multiplican los casos de hermanastros.

Junto a esto hay que colocar también la anulación del anciano, del abuelo. Dado que no se les puede eliminar —aunque la insistencia en la eutanasia es una alarma que no deberíamos ignorar—, se les aparta y lo que debería ser excepción para casos de desamparo se ha convertido para muchos en la norma. La multiplicación de las residencias de ancianos es un indicador de ello.

Eliminados los hijos y eliminados los padres ¿qué queda? La cadena de la vida en la que los abuelos aportaban sabiduría y experiencia, los padres, fortaleza y entrega y los hijos, vitalidad se ha roto. Eliminado el símbolo del pasado —los ancianos— y el del futuro —los niños—, sólo queda un presente sin sentido.

¿Qué refleja esta situación? ¿Cuál es el mal de fondo?

La desafección en el seno familiar, la falta de afecto en el lugar en el que éste tiene su origen. Dice el Papa que la familia es “*el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros*”.

3. La pérdida de la autoridad

Es otro de los desafíos a los que se enfrenta la familia en el momento actual.

La palabra autoridad viene del latín y significa aumentar, promover, hacer progresar. Autoridad no es poder. Autoridad es el modo de ser de una persona que suscita de modo natural acatamiento.

Pero esto choca hoy con la defensa del carácter absoluto de los derechos individuales, entre los que se encuentra la libertad como uno de los principales.

Dice el Papa al respecto:

*“El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Al negar toda trascendencia, ha producido una creciente **deformación ética**, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del **relativismo**, que ocasionan una desorientación generalizada, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios...*

*Mientras la Iglesia insiste en la existencia de normas morales objetivas, válidas para todos, hay quienes presentan esta enseñanza como injusta, esto es, como **opuesta a los derechos humanos básicos**.*

*Tales alegatos suelen provenir de una forma de **relativismo moral** que está unida, no sin inconsistencia, a una creencia en los derechos **absolutos de los individuos**. En este punto*

*de vista se percibe a la Iglesia como si promoviera un prejuicio particular y como si interfiriera con la **libertad individual***" (EG 64).

La crisis de autoridad de la que estamos hablando afecta por igual a todas las instituciones: la familia, la escuela, la parroquia y la sociedad.

El problema es que, cuando se pierde la autoridad aparecen o el caos o el poder totalitario. La historia de Occidente en el pasado siglo es una buena muestra de ello.

4. La violencia

A pesar del rechazo social y de las leyes cada vez más duras contra la violencia, ésta no sólo no ha desaparecido, sino que continúa y aumenta en el seno de la familia. Y lo que es más alarmante: aumentan las denuncias de los padres contra los hijos y las órdenes de alejamiento con relación a familiares directos.

Y no sólo la violencia física. También la violencia psíquica y moral es un mal presente y en aumento. El maltrato psicológico está en el origen de no pocas de las depresiones y de la ansiedad que muchos padecen, sin que esto signifique que sea la única causa.

El mensaje final del Sínodo sobre la Familia recoge no pocas de las causas que tanto sufrimiento ocasionan a las familias.

Sobre este tema, creo que es conveniente hacer una observación: la violencia no afecta sólo a la familia, sino que es un problema social e internacional.

¿Cuál es el origen de esto?

El Papa dice que es la exclusión y la inequidad dentro de la sociedad y entre los pueblos (EG 59).

5. La pobreza

Junto a estos males, hay que colocar otro de los grandes problemas que afectan a las familias: la pobreza, consecuencia de la crisis económica y financiera. El paro, las dificultades para acceder al primer empleo, el número creciente de familias con todos sus miembros en paro, el paro de larga duración... Son situaciones que crean inseguridad, inestabilidad, ansiedad en no pocas personas obligadas a demandar ayuda en instituciones caritativas cuando los subsidios se agotan sin que la situación se remedie y, lo que es peor, sin perspectiva de que así sea a corto plazo.

El Papa tiene palabras muy duras sobre esta situación:

Al hablar de este tema, comienza constatando un hecho trágico:

"La mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo vive precariamente el día a día" (EG 52).

Luego habla de las consecuencias:

"El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad..."

Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida..."

E interpreta el trasfondo de esta situación:

“Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes» (EG 53).

Y termina haciendo un juicio terrible:

“Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe.

La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera” (EG 54).

6. La secularización de la familia

La secularización es un fenómeno social y, por ello, afecta también a la familia y tiene manifestaciones muy concretas en ella. Sobre este tema, dice el Papa en el n. 64:

“El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al negar toda trascendencia, ha producido una creciente deformación ética, un debilitamiento del sentido del pecado personal y social y un progresivo aumento del relativismo, que ocasionan una desorientación generalizada, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios”.

Y añade más adelante:

“Vivimos en una sociedad de la información que nos satura indiscriminadamente de datos, todos en el mismo nivel, y termina llevándonos a una tremenda superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales. Por consiguiente, se vuelve necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores”.

Algunos hechos que indican el influjo de la secularización en las familias son:

- El domingo como Día del Señor, santificado por la celebración de la Eucaristía, ha pasado a ser un simple día de asueto y convivencia en el campo o la playa. Muchos no se visten de fiesta para acudir a la Misa, sino de chandal.
- Los que se ven presionados a acudir a la misa dominical en el período de la catequesis de sus hijos, abandonan cuando termina la catequesis o cuando se han celebrado los sacramentos.
- Las actividades extraescolares de diverso tipo prevalecen sobre la catequesis. Es la catequesis la que se tiene que adaptar a éstas y no al revés.

Éstos son sólo algunos de los signos de esta secularización de la familia.

7. La transmisión de la fe

Lógicamente, esto influye en la transmisión de la fe. En el número 66, que citábamos al principio, dice el Papa que la familia es el lugar donde los padres transmiten la fe a sus hijos.

En otros tiempos, la transmisión de la fe se hacía por tres conductos: la familia, la escuela y la parroquia. La sincronía de los tres hacía innecesaria la iniciación cristiana. Pero hoy día, la familia ha declinado esa responsabilidad en la catequesis; la clase religión encuentra cada día nuevas y mayores dificultades; y la catequesis requiere una renovación profunda tanto en los agentes como en los instrumentos y el método.

Dice el Papa:

“No podemos ignorar que, en las últimas décadas, se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico. Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica, que son más los padres que no bautizan a sus hijos y no les enseñan a rezar, y que hay un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe.

Algunas causas de esta ruptura son: la falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfrenado que alienta el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural” (EG 70).

Al romperse los canales de transmisión, no sólo se pierde la fe, sino que además, con ellos, se pierden también conceptos como virtud, valor moral, rectitud... Es decir: se cae en el relativismo.

Así lo expresa el Papa:

“El relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran” (EG 80).

En un mundo sin Dios se vive el espejismo de la libertad absoluta —lo que llama el Papa “desertificación espiritual” (EG 86)— donde la ética es innecesaria.

“La ética suele ser mirada con cierto desprecio burlón. Se considera contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder. Se la siente como una amenaza, pues condena la manipulación y la degradación de la persona. En definitiva, la ética lleva a un Dios que espera una respuesta comprometida que está fuera de las categorías del mercado.

Para éstas, si son absolutizadas, Dios es incontrolable, inmanejable, incluso peligroso, por llamar al ser humano a su plena realización y a la independencia de cualquier tipo de esclavitud. La ética —una ética no ideologizada— permite crear un equilibrio y un orden social más humano” (EG 57).

II	CÓMO SITUARSE FRENTE A ESTOS DESAFÍOS
-----------	--

Ante esta realidad no cabe ni tirar la toalla ni instalarse en el lamento, que no conduce a nada si no es a agravar las cosas.

Ante esta situación, lo primero que tenemos que hacer es reflexionar para aprender.

Toda situación difícil es una oportunidad de crecimiento si aprendemos la lección que la vida nos da. Si no lo hacemos, volveremos a caer en los mismos errores que lamentamos y las cosas empeorarán.

¿Qué puede ayudarnos a aprender de lo que nos ocurre?

1º) Lo primero que debemos hacer es afrontar el momento desde la fe

Lo dice el Papa cuando nos invita a renovar el encuentro con Cristo y a aceptar el amor de Dios:

“Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvemos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!” (EG 3).

Pero la clave de la fe nos la da en la introducción a la exhortación:

“Si bien esta misión nos reclama una entrega generosa, sería un error entenderla como una heroica tarea personal, ya que la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender... Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo” (EG 12).

Vivir este momento desde la fe significa ser generosos, confiar en Dios y enfrentarse al desafío con alegría.

2º) Otra de las claves es afrontar este momento con responsabilidad

La dificultad que las familias cristianas tienen para vivir desde el evangelio no es pretexto para eludir el compromiso que tenemos con la historia que estamos viviendo:

Dice el Papa en el n. 84:

“Los males de nuestro mundo —y los de la Iglesia— no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña... Aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad”.

Y recuerda unas palabras de Juan XXIII que, a pesar de haber sido pronunciadas en 1962, conservan la frescura y la actualidad de las palabras proféticas. Hablando de quienes sólo vez en el momento presente prevaricación y ruina dice:

“Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, lo dispone la divina Providencia para mayor bien de la Iglesia”.

Ante la situación que estamos viviendo, no es tiempo de lamentarse, sino de implicarse a fondo para que sea posible una nueva primavera para las familias, para la Iglesia y para el mundo.

3º) En tercer lugar es urgente un rearme moral que empieza en la familia

Una de las causas profundas de la crisis que soportamos —que no es puramente económica y financiera como muchos quieren creer— es la crisis moral.

La superficialidad y el relativismo han dinamitado el concepto de pecado y, lo que es peor, el sentido del bien y del mal. La serpiente vuelve a tentar a la humanidad y le propone una vida sin Dios en que tendrá el conocimiento, es decir, la capacidad de decidir lo que es el bien y lo que es el mal, sin una voluntad superior que lo haga responsable de sus actos. Como dice Tolstoi en los Hermanos Caramazov: *“Si Dios no existe, todo me está permitido”.*

Pero, frente a esta situación, no podemos situarnos por encima de nadie como jueces que condenan todo lo que no se ajusta a sus criterios.

Sobre la propuesta moral que debemos hacer hoy los cristianos, dice el Papa:

“Conviene manifestar siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización, de fecundidad, bajo cuya luz puede comprenderse nuestra denuncia de los males que pueden oscurecerla.

Más que como expertos en diagnósticos apocalípticos u oscuros jueces que se ufanan en detectar todo peligro o desviación, es bueno que puedan vernos como alegres mensajeros de propuestas superadoras, custodios del bien y la belleza que resplandecen en una vida fiel al Evangelio” (EG 168).

No es la condena de nuestro mundo sino la propuesta ilusionante del evangelio de la vida, que se oscurece con el mal y nos sumerge en la oscuridad.

4º) En cuarto lugar, debemos hacer una fuerte alianza entre la familia y la Parroquia

Tal vez se me tache de pesimista si digo que la batalla por la educación religiosa la hemos perdido. Ciertamente no del todo, pero ¿hasta cuándo podremos mantener la situación actual?

Por el bien de las nuevas generaciones, necesitamos unir el esfuerzo de la familia y el de la parroquia para transmitir la fe y el sentido cristiano de la vida a las generaciones que están llegando o serán arrastrados por el tsunami de la increencia y la pérdida del sentido moral.

En este sentido también la familia ha de ser evangelizada porque, sin ella, no será posible llevar a cabo la iniciación cristiana de quienes vienen a la fe.

5º) **Toda tarea de renovación de la familia hemos de vivirla desde el espíritu que ha de animar la nueva evangelización a la que el Papa nos llama**

Ése espíritu es de el la resurrección.

“Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que, en medio de la oscuridad, siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible.

Habrà muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo” (EG 276).

Y más adelante añade:

“La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano. ¡No nos quedemos al margen de esa marcha de la esperanza viva!” (EG 278).

Esto lo dice un hombre que acaba de cumplir 78 años.